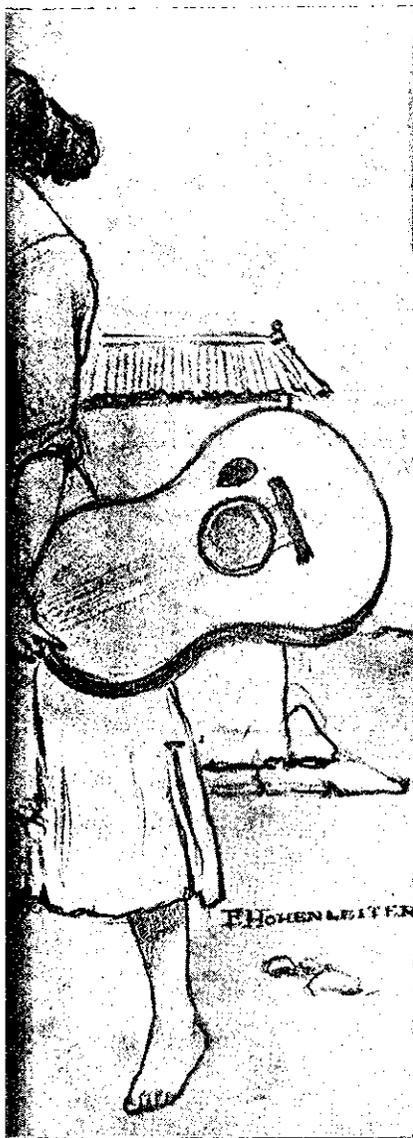


A MANCHEGA.,



como el negocio manteníase en pié gracias al donaire de Carmencilla. Este tardío convencimiento, hirió grandemente su orgullo de viejo indispensable y andariego cuyo dolor que le produjera, obligó a sus ojos rijosos y medio anublados por las nieblas de la senectud, a derramar unas cuantas lágrimas que prólogo fueron a una mejor vida y epílogo a todo un pasado menos feliz que triste.

Carmencilla quedó sola y afligida al partir su abuelo hacia la eternidad. Nunca como ahora vió tan de cerca las fauces de la bestia humana. Pero es la vida tan amable, ama tanto la vida una mujer jóven y hermosa...

Con los ahorros que su abuelo dejó al morir mantúvose un poco tiempo, después agotados todos los lícitos recursos, echóse a la calle en demanda de una ocupación que en nada pudiese mermar sus virtudes. Por desventura su deseo no se realizaba. En todas las puertas repudiaban su deseo, dudando acaso de su condición, pues que harto difícil es creer que con nobleza solícita trabajo una mujer hermosa y más difícil todavía aunar en la creencia, nobleza, hermosura y virtud. Por-

que no es común que la gente crea que estos tres dones capitales tengan asiento y reinen en una mujer jóven, sin otra ventura que la de sus dones, Carmencilla moríase de desmayo y de pena.

Dos horas hacía que el sueño, único bálsamo y alivio de los que sufren, tenía en sus brazos, recostada a su vez en el banco de piedra, cuando despertó toda sobresaltada. No otra cosa que el chocar de unas hojas secas sobre su frente, choque suave y tierno como un beso de puro amor, fué lo que despertóla. Ya era entrado el otoño. Los árboles que arrogantes crecían en la plaza, despojándolos iba el viento de sus pompas, galanas un día.

Carmencilla tenía miedo y hambre y frío. Súbitamente, como presa de un extraño terror, incorporóse. Abrió sus ojos aún dominados por el sopor del sueño y escudriñó en torno de la estancia que hollaba. Nada podía ver, sino sombras y más sombras. Era tan incierta la claridad de la luna, próxima a esconderse...

Tambaleándose, mismamente como si beoda estuviese, comenzó a andar. Internóse en una calleja tortuosa y estrecha. En un recoveco de la misma vió abierto el portal de una casa. Detúvose ante él y por fin pasó. No más pasara oyó que dentro reía la gente con frenesí. ¿Qué felices deben ser los que ahí dentro rien! ¿Serán tan egoistas que no quieran aliviar un poco mi desgracia? Carmencilla envidiosa de la dicha ajena pensaba y preguntábase haciéndose muchas conjeturas.

—Poco pierdo con llamar y pedir un algo que me alivie aunque sólo sea por esta noche.

Llena de indecisión, temblando como si fuese a cometer una acción liviana, apoyó su mano en el timbre y la puerta abrióse con cierta majestad. Carmencilla no se atrevía a pasar. Dábale vergüenza poner sus pies dignos de andar por sendas de flores, en aquella estancia tan lujosa. Inmóvil, con los ojos desmesuradamente abiertos como una sonámbula, estuvo unos instantes en el dintel de la puerta. Acaso no se hubiese decidido a entrar si una mujer vieja, de brujo talante, no la invitara a ello.

La vieja, que indudablemente, no podía ser tan bruja como fea era, la llevó a una sala iluminada por luces de colores y exornada con muebles antiestéticos. Dentro de ella varias mujeres y hombres en igualdad de número, deshacíanse en atroz bocanal.

Carmencilla al ver aquel cuadro que nunca viera, ni aún en sueños, quiso huir a todo correr. mas detúvola la mano del monstruo; quedó presa en sus garras.

Varios instantes duró la lucha entre la *Virtud* y la *Lascivia*. Y fué vencida la *Virtud*. Y fué vencida la *Lascivia*.....

Ya había salido el sol. Ya cantaban los pajarillos saludándole y el mar reía las dulzuras de la bonanza cuando Carmencilla toda desgñada, toda ensangrentada, los ojos, la boca, boca cuyos dientes clavara con saña de loba en el rudo pescuezo del monstruo hasta rematarle la vida, llegó a la playa. Su cuerpo mancillado, no pudo guardar el equilibrio y cayó de bruces en la arena. No pudo incorporarse por más esfuerzos que hizo, esfuerzos de epiléptica.

Las olas serenas mecieron en sus brazos, como una madre buena, al cuerpo dormido eternamente de Carmencilla.

Pero no pudieron lavar todas sus manchas...

J. FERNÁNDEZ BUSTO: